

tanza comenzada á la puerta de la pequeña iglesia del Espíritu Santo en la persona del sarjento Drouet, llegó á Palermo, luego á Montreal y á Cefalu : bandadas de conjurados se lanzaron á lo interior de la Sicilia gritando : ¡venganza y libertad!

Cada castillo se convirtió en una tumba para los Franceses que albergaba, todas las ciudades respondieron al grito lanzado por Palermo, cada iglesia tocó á sus visperas, y en menos de ocho dias, todos los Franceses que se hallaban en Sicilia fueron degollados, á excepcion de dos, que contra la regla general adoptada por sus compatriotas, se habian mostrado suaves y elementes.

Estos dos hombres eran el señor de Porcelet, gobernador de Calatafini, y el señor Felipe de Scalembre, gobernador del valle di Noto.

Carlos de Anjou supo en Roma la noticia de las Visperas sicilianas por el conducto del arzobispo de Montreal, que le envió un correo para anunciarle lo que acababa de suceder. Pero Carlos de Anjou recibió al mensajero como un gran corazon recibe la noticia de un gran infortunio, y se contentó con responder :

— Está bien, vamos á marchar, y lo veremos por nosotros mismos.

Despues, luego que el mensajero desapareció de su presencia, levantó sus manos al cielo y exclamó :

— Señor Dios, puesto que despues de haberme colmado de tus dones, te place hoy enviarme la adversidad, haz que no descienda del trono sino paso á paso, y juro que dejaré mil de mis enemigos tendidos sobre cada una de sus gradas.

## PEDRO DE ARAGON.

El primer cuidado de los señores sicilianos fué enviar dos embajadas, una á Mesina y otro á Alcoyll : la primera dirigida á sus compatriotas, y la segunda á Pedro de Aragon.

Hé aquí la carta de los palermitanos, que todavia se conserva hoy en los archivos de Mesina (1) :

« De parte de todos los habitantes de Palermo, y de todos sus fieles compañeros de armas para la libertad de la Sicilia, á todos los nobles, barones y habitantes de la ciudad de Mesina, salud y amistad eterna.

» Os hacemos saber que por la gracia de Dios, hemos arrojado de nuestra tierra y de nuestras comarcas las serpientes que nos devoraban á nosotros y á nuestros hijos, y chupaban hasta la leche del pecho de nuestras mujeres. Ahora bien, os rogamos y suplicamos, á vosotros á quienes tenemos por nuestros hermanos y nuestros amigos, que hagais lo que hemos hecho, y que os subleveis contra el gran dragon, nuestro comun ene-

(1) Inútil es decir que nada inventamos, y que las cartas están copias de los originales ó traducidas con la mas escrupulosa exactitud.

migo, porque ha llegado el tiempo en que debemos librarnos de nuestra servidumbre y salir del yugo pesado de Faraon, porque ha llegado el tiempo en que Moisés debe sacar los hijos de Israel de su cautividad; porque ha llegado el tiempo, en fin, en que los males que hemos sufrido nos han lavado de los pecados que habíamos cometido. Que Dios Padre, que el Todopoderoso, que tuvo piedad de nosotros, os mire á vuestra vez, y que á su mirada despertéis y os levanteis por la libertad

» Dado en Palermo, el 14 de mayo de 1282. »

Entretanto el rey Pedro de Aragon luchaba con Miraboscéri, rey de Buga, y todos los sarracenos de Africa, porque apenas vieron desembarcar el ejército aragonés en Alcoyll y fortificarse, enviaron caballeros por todo el país para proclamar la guerra; de modo que Pedro de Aragon, apoyado en la mar, y teniendo detrás de sí su flóta, mandada por Roger de Lauria, tenia delante de sí, cercando la muralla que acababa de hacer, mas de sesenta mil hombres, tanto moros y árabes como sarracenos.

Un día se le dijo que un sarraceno quería hablarle, rehusando manifestar á nadie mas la importante nueva que pretendía darle. El rey mandó se le introdujese al punto á su presencia, delante de los señores que le rodeaban; pero el sarraceno, viendo aquel gran número de caballeros, rehusó hablar en su presencia, y declaró que no diria nada sino al rey y á su capellan. El rey, que era muy valiente, y que por otra parte, jamás abandonaba sus armas ofensivas y defensivas, con las que no temia ni á árabes, ni á moros, ni á sarracenos, ni á na-

die en este mundo, mandó al instante se retirasen todos, y quedó solo con el arzobispo de Barcelona y el extranjero.

Entonces el sarraceno se arrojó á las plantas del rey y le dijo :

— Mi noble rey y señor, yo era del número de los que debian abrazar la religion cristiana con el rey de Constantina, á quien el Señor tenga en paz; pero como felizmente nadie sabia la determinacion que yo habia tomado, escapé á la matanza, y para que nadie sospechase, me reuní á tus enemigos. Ahora hé aquí que tengo un gran secreto que decirte, pero si no me hago cristiano antes, haré traicion, manifestándole, á los sarracenos, porque teniendo todavia el mismo Dios que ellos, deberé tener los mismos intereses; mientras que por el contrario, una vez bautizado, los cristianos serán mis hermanos, y á estos seria á quienes hiciese traicion no diciéndote lo que te diré. Así, pues, si quieres saber la nueva que traigo, y que es, lo repito, de la mas grande importancia para tí y los tuyos, consiente en ser mi padrino, y hazme bautizar por el santo arzobispo que está cerca de tí.

— ¿Qué pensáis de esto, padre mio?

— Que es preciso no separar á nadie del camino del Señor, respondió el arzobispo, y que es preciso acoger como que viene de Dios al que quiere ir hácia Dios.

Entonces el rey se volvió hácia el sarraceno y le preguntó :

— ¿De dónde eres, y cómo te llamas?

— Soy de la ciudad de Alfandech, y me llamo Yacoub Ben-Assam.

— ¿Estás decidido á renunciar á tu ciudad y á tu creencia y á cambiar tu nombre de Yacoub Ben-Assam por el de Pedro?

— Eso es lo que deseo sinceramente, respondió el sarraceno.

— Desempeñad vuestro cometido, dijo el rey al arzobispo.

Y el arzobispo, habiendo tomado un aguamanil de plata, bendijo el agua que contenia, y derramando algunas gotas sobre la cabeza del sarraceno, le bautizó en el nombre de las tres personas de la Santísima Trinidad; despues, cuando hubo concluido :

— Ahora, Pedro, levantaos, sois ya español y cristiano. Decid, pues, á vuestro rey y á vuestro padrino lo que teneis que decirle.

— Monseñor, dijo el neófito, sabed que el rey Miraboseeri y los sarracenos han observado que, siendo el domingo para vosotros y vuestros soldados dia de descanso y de fiesta, las murallas del campamento están peor custodiadas ese dia que los demás. En consecuencia han resuelto atacar el domingo la tienda del conde de Palsi, que creen la menos fortificada, y vencer ó perecer allí todos; porque piensan que en aquel momento vos y todos vuestros soldados estareis ocupados en oír misa, y que de ese modo saldrán bien librados.

Y el rey, habiendo reflexionado de cuánta importancia era el aviso que recibía, se volvió hácia el que acababa de decirlo, y le dijo :

— Te doy gracias, noble ahijado, y reconozco que tienes el corazón verdaderamente cristiano. Vuelve sin

embargo, entre esos perros descreídos, á fin de que estés al corriente de todos sus proyectos, y si no abandonan el que me has revelado, vuelve á verme y á advertírmelo en la noche del sábado al domingo.

— ¿Pero cómo atravesaré los puestos avanzados? preguntó el mensajero.

El rey llamó á un guardia.

— Bien veis este hombre, le dijo, todas las veces que se presente á un centinela y le diga : *Alfandech*, quiero que se le deje entrar libremente y lo mismo salir.

Luego dió veinte doblas de oro al nuevo cristiano, y este habiéndole repetido su pleito homenaje, salió del campo sin ser visto y fué á reunirse á los sarracenos.

Al punto el rey reunió á todos los jefes, y les anunció la buena nueva de que el enemigo debía atacar el campo el domingo por la mañana. Así que, tiempo habia para prepararse á aquel ataque, porque todavía era la noche del jueves al viernes.

Durante el dia del sábado, y vencido las dos terceras partes de él, vinieron á anunciar al rey don Pedro que se descubrian dos grandes barcos por la ruta de Sicilia y navegando bajo pabellon negro. Ordenó al punto al almirante Roger de Lauria, que mandaba la flota, dejase pasar aquellos barcos, porque sospechaba qué clase de noticias traian.

Se abrió la flota, las barcas pasaron en medio de los bajeles, de las galeras y navíos, y abordaron á la costa donde los aguardaba el rey.

Apenas los que montaban aquellos barcos saltaron a

tierra y supieron que era el rey don Pedro el que estaba delante de ellos, cuando se arrodillaron, besaron tres veces el suelo, y aproximándose al rey, arrastrándose sobre sus rodillas, inclinaron su cabeza hasta la tierra, exclamando : Gracia, señor, señor, gracia. Y como estaban vestidos de negro, como sus lágrimas corrían por sus ojos cayendo sobre los piés del rey, como sus gritos y sus gemidos no tenían fin, todos se compadecieron de ellos, y el rey como los demás ; porque retrocediendo, les dijo con una voz llena de emoción :

— ¿Qué queréis? ¿quién sois? ¿de dónde venís?

— Señor, dijo entonces uno de ellos, mientras los otros continuaban gritando y llorando; señor, somos los diputados de la tierra de Sicilia; pobre tierra abandonada de Dios, de todo señor, y de todo buen socorro terrestre; somos desgraciados cautivos próximos á perecer, hombres, mujeres y niños, si no nos socorreis. Venimos, señor, á vuestra real majestad parte de ese pueblo huérfano á pedir os gracia y merced! En nombre de la Pasion que nuestro Señor Jesucristo sufrió en la Cruz por el género humano, tened piedad de ese desgraciado pueblo; dignaos socorrerle, animarle, arrancarle del dolor y de la esclavitud en que está sumido. Y debéis hacerlo, señor, por tres razones: la primera, porque sois el rey mas santo y mas justo que hay en el mundo; la segunda porque todo el reino de Sicilia pertenece y debe pertenecer á la reina vuestra esposa, y despues de ella á vuestros hijos los infantes, como de la línea que son del gran emperador Federico y del noble rey Manfredo que eran nuestros legitimos señores; y la tercera,

en fin, porque todo caballero, y vos sois, señor, el primer caballero de vuestro reino, está comprometido á socorrer á los huérfanos y á las viudas.

Pues bien, la Sicilia está viuda por la pérdida que ha tenido de tan buen señor como el rey Manfredo; los pueblos están huérfanos porque no tienen padre ni madre que los puedan defender, si Dios, vos y los vuestros no venís en su ayuda. Por tanto, santo señor, tened piedad de nosotros, y venid á tomar posesion de un reino que pertenece á vos y á vuestros hijos, y asi como Dios protegió á Israel enviándole Moisés, id de parte de Dios á sacar á aquel pobre pueblo del mas cruel Faraon, que ha jamás existido; porque, os lo decimos, señor, no hay dueños mas crueles que esos Franceses para las pobres gentes que tienen la desgracia de caer en su poder.

Entonces el rey los miró compadecido, luego, teniendo las dos manos á aquellos de los dos mensajeros que estaban mas próximos á él :

— Barones, les dijo levantándolos, sed bien venidos, porque lo que habeis dicho es verdad, y ese reino de Sicilia corresponde legítimamente á nuestra esposa y á nuestros hijos. Recobrad, pues, valor, vamos á rogar á Dios nos ilumine sobre lo que debemos hacer, despues os daremos parte de lo que hemos resuelto.

Y replicaron ellos :

— Que el Señor os tenga en su santa guarda, y os inspire ese pensamiento de tener piedad de nosotros, ¡tan pobres y tan miserables como somos! Y, como prueba de que venimos en nombre de vuestros súbditos,

II.

hé aqui las cartas de cada una de las ciudades de Sicilia, de cada uno de los barones, de cada noble y de cada caballero, por las que caballeros, nobles, barones, castillos y ciudades se comprometen á obedeceros como á su rey y señor, á vos y vuestros descendientes.

El rey entonces tomó estas cartas, que eran en número de mas de ciento, y mandó alojar cómodamente á aquellos diputados y darles, asi como á su servidumbre, todas las cosas de que tuvieran necesidad.

Durante este tiempo llegó la noche, y el rey, habiéndose retirado á la casa que habitaba, fué al punto prevenido de que el hombre delante el cual habia ordenado que todas las puertas se abriesen diciendo la palabra *Alfandech*, estaba allí, y solicitaba de nuevo hablarle. Como el rey aguardaba con impaciencia, mandó se le introdujese al punto.

— ¡Y bien! le dijo al verle, esperamos, querido ahijado, que nada habrá cambiado, y que nos traes una buena noticia.

— Os traigo la nueva, muy poderoso señor y rey, respondió el recién convertido, de que estareis dispuestos vos y vuestras gentes, al rayar el dia, porque al rayar el dia todo el ejército sarraceno estará en batalla.

— Me alegro, dijo el rey, y reconozco que eres un digno mensajero. Y ahora, haz lo que quieras: vuelve hácia los sarracenos ó permanece con nosotros, á tu eleccion; y si permaneces con nosotros, en cambio de las tierras y castillos que pudieras tener en Africa, te daremos tales tierras y tales castillos en Aragon, que en

viendo los que hayas adquirido, no sentirás los que hayas perdido.

Y el neófito respondió:

— Como cristiano y como ahijado de un rey tan grande como vos, me parece, salvo vuestra opinion, monseñor, que debo permanecer con mis hermanos y combatir bajo vuestra bandera. En cuanto á mis tierras y mis castillos, los abandono de muy buena voluntad, y no pido en cambio sino un buen caballo y buenas armas.

— Está bien, dijo el rey; retiraos á la casa que querais, y estad dispuesto á marchar bajo nuestro estandarte desde mañana por la mañana.

Dichas estas palabras, el ahijado de don Pedro se retiró, y diez minutos despues le condujeron á la casa donde estaba alojado un caballo de las caballerizas del rey, sobre cuyo lomo llevaba una de sus propias armaduras.

Luego el rey empleó el tiempo que le quedaba en dar las órdenes necesarias para la batalla del dia siguiente, lo que produjo en el ejército tal contento, que sobre veinte y cinco mil soldados que le componian, de seguro no hubo diez hombres que cerraran los ojos en toda la noche un solo instante.

Al rayar el dia, avanzaron los sarracenos silenciosamente, creyendo sorprender los puestos aragoneses; y hasta que se encontraron á doscientos ó trescientos pasos de las murallas, y en lo alto de una colina que dominaba el valle, no se apercibieron de que todo el ejército, caballeros, barones, arcabuceros y hasta los es-

cuderos, estaban ordenados detrás de las empalizadas y dispuestos á combatir.

Entonces vieron que se les habia hecho traicion, y que sus enemigos estaban prevenidos.

Al punto deliberaron los jefes sobre lo que debian hacer, y para ver si seria conveniente continuar avanzando ó volver la espalda; pero era ya demasiado tarde. El rey viendo su vacilacion, mandó abrir las empalizadas.

En el mismo momento las trompetas comenzaron á sonar; la vanguardia, bajo la direccion del conde de Pallars y de don Fernando de Ixer se lanzó con bandera desplegada, todo el ejército la siguió gritando:

— ¡San Jorge y Aragon!

El espacio que separaba cristianos y sarracenos fué atravesado en un instante; los dos ejércitos chocaron sus aceros y el combate comenzó.

Fué un combate terrible, sin táctica militar, sin plan preparado, donde cada uno elegia su contrario, y heria hasta que, derribado este, otro se presentaba.

En aquella lucha la vanguardia sarracena desapareció destrozada; despues yendo el rey á la cabeza, con su estandarte en la mano, se metio en lo mas cerrado de los batallones enemigos. Sus caballeros y barones le siguieron abriendo aquella masa como hubiera hecho una cuña de hierro. En fin, toda aquella multitud se dividió mostrando su herida abierta y sangrienta.

Todo habia concluido; los sarracenos heridos en el corazon, en vano quisieron rehacerse; las terribles espadas de los cristianos derribaban todo cuanto tocaban.

Separadas las dos alas no pudieron reunirse; la infantería árabe diezmada por los tiros de los arcabuceros, comenzó á huir; los almogavares, ligeros como el gamo de Sierra-Morena, se pusieron en su perseguimiento.

Solo la caballeria se sostenia todavia; pero muy pronto abandonada á su propia fuerza, se vió obligada á huir tambien. El rey queria perseguirla y atravesar una montaña que estaba delante de él; pero el conde de Pallars y don Fernando de Ixer le detuvieron gritando:

— ¡En nombre de Dios! señor, ni un paso mas. Pensad en nuestro campo, donde no hemos dejado mas que enfermos, mujeres y niños, ¿qué seria de ellos, si estuviesen separados de nosotros, y qué seria de nosotros mismos? Al campo, señor, al campo.

Y á pesar de los esfuerzos del rey, que no queria escuchar nada, diciendo que habia llegado el dia del exterminio de los sarracenos, le llevaron hácia las empalizadas.

Cuando el rey estaba á la mitad del camino de las trincheras, un hombre tendido entre los cadáveres, se incorporó sobre una rodilla, y mientras que con la mano izquierda se comprimía una herida que habia recibido en el pecho, con la otra le presentaba un estandarte sarraceno que acababa de conquistar. Aquel hombre era el sarraceno Yacoub Ben-Assam. Don Pedro mandó que se le socorriese al punto; pero el herido hizo señal al rey de que todo era inútil. Don Pedro tomó entonces el estandarte, y como si no hubiese aguardado á morir el herido, sino el momento de poner su trofeo.

en las manos de su real padrino, el herido volvió á caer sobre el campo de batalla, y separando la mano de su pecho, dejó á su alma escaparse por su herida.

Los enviados de Sicilia habian visto todo el combate desde lo alto de las casas de Alcoyll, y se habian asombrado al presenciar los magníficos hechos de armas ejecutados por el rey don Pedro y sus gentes, y tanto, que mientras duró la batalla, se decian unos á otros :

— Si Dios permite que el rey vaya á Sicilia, todos los Franceses serán muertos ó vencidos, porque desde el rey hasta el último soldado, todos marchan al combate como á una fiesta.

Por la noche don Pedro dió la orden de enterrar los soldados españoles y quemar los cuerpos de los sarracenos, por temor de que los cadáveres infestasen el aire, y no se contagiasen los enfermos en su campo, como se habian contagiado los del rey san Luis en Túnez.

En vano aguardaron los dos dias siguientes al enemigo ; se habia retirado mas de tres leguas huyendo, tan grande era su terror : y sin embargo, todos los dias les llegaban de todas partes tal número de gentes, que hubiese sido imposible contarlas.

Al cuarto dia se descubrieron otros dos buques que como los primeros venian de Sicilia, pero conduciendo enviados con mas urgencia y mas afligidos que los primeros.

En el primer buque iban dos caballeros de Palermo, y en el segundo dos ciudadanos de Mesina ; todos vestidos de negro, con velas negras en sus buques, y navegando bajo pabellones negros. Apenas vieron al rey,

cuando, como habian hecho los primeros, se arrojaron á sus piés, pero con exclamaciones mas lamentables y mas suplicantes que los otros, porque iban á anunciar que el rey Carlos sitiaba á Mesina, y verdaderamente, en tal extremo, no tenian ya amparo sino en Dios y en el rey don Pedro de Aragon.

Sin embargo, el rey don Pedro de Aragon parecia todavía vacilar, pero en aquel momento el conde de Pallars se adelantó hácia él, y hablando en su nombre y en el de los barones y caballeros que le rodeaban :

— Señor, le dijo, ¿porqué vacilais y qué os detiene? Tened misericordia de un pueblo desgraciado que viene á suplicaros gracia ; porque no hay corazon tan duro en el mundo, sea cristiano ó sarraceno, que no tenga compasion. Señor, la voz del pueblo es la voz de Dios, y cuando el pueblo ruega, Dios manda. No aguardéis pues mas, señor ; no vacileis ya, señor, porque os aseguro en mi nombre y en el de mis compañeros, que todos os seguiremos á donde quiera que vayais, y estamos dispuestos á perecer por la gloria de Dios, por vuestro honor y por la felicidad del pueblo de Sicilia.

Al punto todo el ejército gritó :

— ¡ A Sicilia, á Sicilia ! ¡ En nombre de Dios, señor, no dejéis á ese pobre pueblo que os pertenece, y que despues de vos pertenecerá á vuestros hijos ! ¡ A Sicilia, señor, a Sicilia !

Y entonces el rey, oyendo aquellas cosas milagrosas, y viendo el buen deseo de su ejército, levantó las manos al cielo y dijo :

— Señor, en vuestro nombre y por serviros es por

lo que emprendo este viaje. Señor, á vos nos recomendamos yo y los míos.

Luego, volviéndose hácia su ejército :

— ¡Y bien! añadió, puesto que Dios lo quiere y vosotros también lo queréis, hablamos, pues, bajo la protección y con la gracia de Dios, de la Señora Santa María y de toda la corte celestial, y ¡adelante, á Sicilia!

Y todos exclamaron :

— ¡Noel, Noel! ¡á Sicilia, á Sicilia!

Y arrodillándose todo el ejército con un solo movimiento, entonaron el *Salve Regina* en acción de gracias.

En aquella misma noche se enviaron los dos primeros buques á Sicilia, con la buena noticia de que el rey don Pedro y todo su ejército iban á llegar allí.

Al día siguiente hizo el rey embarcar á todos, hombres, mujeres y niños, y él fué el último que se embarcó; luego, terminado el embarque, partieron los otros dos buques á su vez para anunciar que habían visto al rey y todo su ejército darse á la vela.

Dios nos conceda un placer semejante al que se experimentó en Sicilia cuando se supo esta buena noticia.

La travesía del rey de Aragon fué feliz, porque no le había conducido hasta entonces tan milagrosamente la Providencia para abandonarle en el camino; de modo que sin accidente alguno desembarcó en Trápani el 3 de agosto de 1282.

Al punto los prohombres de Trápani enviaron correos á toda la Sicilia; y detrás de aquellos correos que pasa-

ban diciendo al pueblo : — El rey don Pedro de Aragon ha llegado con un poderoso ejército, — se alzaban gritos de alegría : ciudades, aldeas y castillos se iluminaban de tal modo, que se conocía el camino que habían seguido en el rastro de alegría y de luz que dejaban tras de sí.

En cuanto al rey, todos iban delante de él con el corazón lleno de alegría y las manos de flores, y exclamaban al verle :

— Bueno y santo señor, que Dios te dé vida y victoria, á fin de que puedas librarte de los Franceses malditos.

Y todo el mundo iba así, cantando, bailando y abrazándose; y durante más de un mes nadie hizo otro trabajo con sus manos que unirlos para dar gracias á Dios.

Al cuarto día de su llegada, vió llegar el rey don Pedro á los principales de la ciudad de Palermo, que le llevaban en nombre de sus conciudadanos todo el dinero que habían podido reunir; pero el rey don Pedro, después de haberlos recibido cortesmente, les respondió que no tenía necesidad de dinero, habiendo llevado su tesoro, y que no había ido para gravarlos con nuevas contribuciones, sino para recibirlos á título de vasallos y defenderlos contra sus enemigos.

A los dos días el rey don Pedro partió para Palermo, y fácil es de suponer que si tales fiestas se habían verificado en Trápani, que es una ciudad secundaria, serían mucho más vistosas en Palermo; que es la capital de toda la Sicilia.

Aquí todas las campanas se echaron á vuelo, salieron

todas las procesiones de las iglesias con las cruces y estandartes, y todos los días los hombres, mujeres y niños, todos los que existían en la ciudad, se reunían en la plaza del real palacio, y gritaban tanto y con tal fuerza; viva el rey nuestro buen señor! que el rey por satisfacer á todo aquel pueblo que no podía creer en su felicidad, se veía obligado á presentarse cinco ó seis veces al día en el balcón.

Entretanto los prohombres de Palermo dirigían mensajeros á todas las demás ciudades de Sicilia, á fin de que estas enviasen sus jefes para ofrecerse al rey, y diputados que le colocasen la corona en la cabeza á nombre de toda la isla.

Por su parte el rey don Pedro envió directamente cuatro barones al rey Carlos, que sitiaba á Mesina, con encargo de decirle que le mandaba y ordenaba salir de su reino, teniendo en cuenta que no ignoraba que el reino pertenecía á la reina de Aragon, su mujer, y á sus hijos; que por tanto le invitaba á que abandonase aquella tierra, y si rehusaba darse por advertido, el rey don Pedro iría en persona á expulsarlo.

Pero el rey Carlos respondió que no renunciaría á su reino ni por el rey don Pedro ni por nadie de este mundo, y que habiéndosele dado aquel reino por la gracia de Dios, sabría perfectamente reconquistarlo con la ayuda de su espada.

El rey don Pedro respondió á aquella negativa mandando á su ejército marchar sobre Mesina.

Pero al verle hacer aquellos grandes aprestos, le preguntaron los prohombres de Mesina:

— Con vuestro permiso, monseñor, ¿teneis á bien dignaros decirnos dónde vais?

Y el rey don Pedro respondió:

— ¿No lo veis? voy á combatir al rey Carlos y arrojarle fuera de la tierra de Sicilia.

Entonces los prohombres exclamaron:

— ¡En el nombre de Dios, monseñor! no vayais allí sin nosotros, porque, bien lo comprendéis, sería una mengua para nosotros no ayudaros con todo nuestro poder en una expedición que tan grandemente nos interesa.

El rey don Pedro consintió, pues, en esperar, y se hizo publicar por toda la Sicilia que todos los hombres de edad de quince á sesenta años, acudiesen á Palermo en el término de quince días con sus armas y pan para un mes. Mientras aguardaba, y para dar valor á los mesineses, mandó el rey á dos mil almogavares se presentasen lo mas pronto posible dentro de la ciudad sitiada para anunciarla su pronta llegada.

Habia escogido dos mil almogavares en lugar de dos mil caballeros, porque los montañeses acostumbrados á la fatiga, armados á la ligera, llevando por todo equipaje un justillo de tela ó de cuero en su cuerpo, una redcilla en la cabeza, alpargatas en los piés, y á la espalda en una mochila, tantos panes como días habían de caminar, podían atravesar aquella distancia mas rápidamente que ninguna otra tropa.

Así, aunque para todos hay seis jornadas desde Palermo á Mesina, los dos mil almogavares llegaron en la noche del tercer día, y tan en secreto, que entraron por la puerta de la Caperna desde el primero hasta el

último, sin que ningun centinela ni avanzada del ejército francés se apercibiese de su llegada.

Cuando se supo en Mesina el refuerzo que la guarnición acababa de recibir, y sobre todo las buenas nuevas que este refuerzo llevaba, hubo, como es de suponer, gran alegría en la ciudad. Pero los pobres sitiados decayeron completamente de aquella alegría cuando al día siguiente vieron á sus almogavares prepararse al combate.

En efecto, el aspecto de los almogavares no era muy tranquilizador, y para quien no los habia visto en la pelea, mas bien parecian un desordenado peloton de bandidos ó de bohemios, que una division de soldados.

Así los mesineses exclamaron :

— ¡Oh Señor Dios! ¡cuánto contento hemos perdido! ¿y quiénes son estos hombres que van así medio desnudos, sin otras armas que una espada y un cuchillo, sin escudo y sin adarga? ¡Dios mio! si todas las tropas del rey de Aragon son semejantes, no podemos contar mucho con nuestros defensores.

Y los almogavares, oyendo los murmullos que se repetian á su rededor, respondieron :

— Está bien, bueno, hoy mismo se verá quiénes somos. Subid á las torres y á las murallas, y mirad.

Los mesineses subieron á las torres y á las murallas, pero meneando la cabeza, porque no tenian grande esperanza de que los almogavares compliesen las magnificas promesas que hacian.

Ellos, sin embargo, sin tomar otro descanso que tres ó cuatro horas de sueño, sin comer mas que uno de sus panes, y sin beber ni vino ni licor, sino solamente el

agua de las fuentes de la ciudad, hicieron les abriesen una puerta, y en el momento en que menos lo esperaban los sitiadores, cayeron sobre ellos con tal impetuosidad, que penetraron casi hasta la tienda del rey. Y como antes de salir se habian dado unos á otros palabra de no volver á entrar sin haber muerto cada uno á un enemigo, habia dos mil Franceses menos en el ejército del rey Carlos, y eso sin contar los prisioneros que cogieron.

Cuando las gentes de Mesina, que como hemos dicho, habian subido á las torres y murallas, vieron aquella brillante salida y las terribles consecuencias que habia tenido para los sitiadores, rectificaron la opinion desventajosa que formaron al principio de los almogavares, y á competencia les festejaban y honraban; cada uno de los ciudadanos queria tener dos en su casa, y los trataban como si fuesen de la familia, tranquilos y seguros ya con la confianza que tenian de que con hombres semejantes su ciudad era inexpugnable.

Entretanto el rey Carlos supo que el rey don Pedro de Aragon, despues de hacerse coronar en Palermo, avanzaba á jornadas forzadas por tierra, mientras que su flota, conducida por su almirante Roger de Lauria, daba vuelta á la isla.

Reunidos aquellos dos ejércitos con el de los sicilianos, eran de sesenta á sesenta y cinco mil hombres; es decir, tres veces mayor que el del rey Carlos.

Así este último, que era un príncipe muy entendido en las cosas de la guerra, comprendió que podria ser vendido por los abruzianos y apulianos como el rey

Manfredo, y que como el rey Manfredo podría morir de mala muerte.

Tomó, pues, su partido prontamente, como debía hacerlo un hombre tan prudente como esforzado.

Una noche muy oscura se embarcó; atravesó el estrecho y abordó á Reggio de Calabria con la mitad de su ejército, porque sus navíos no eran ni de bastante porte ni tan numerosos que pudiesen transportar todo el ejército, y al día siguiente por la mañana debía recoger la mitad que todavía quedaba en Sicilia.

Pero, al rayar el día, se esparció el rumor de que el rey Carlos se había embarcado durante la noche con una parte de su ejército, y que lo que quedaba delante de Mesina era apenas la tercera parte de él. Al punto los almogavares se hicieron abrir dos puertas, y divididos en dos pelotones, cayeron sobre los ocho ó diez mil hombres que quedaban todavía, viendo lo cual los mesineses, se armaron por su parte, con lo que pudieron hallar, y salieron de la ciudad en número de ocho á diez mil.

Los Franceses intentaron al principio resistir, tanto mas cuanto que veían volver de Reggio las galeras que debían conducirlos.

Sin embargo, por mucho que fuese su valor, no pudieron sostener el encarnizado choque de sus enemigos, y se dispersaron todo lo largo de la costa, arrojando sus armas para correr con mas velocidad, tendiendo los brazos hácia sus buques, y gritando :

— ¡Socorro! ¡socorro!

Pero por mas fuerza de remo que hicieron los que

montaban las galeras, llegaron muy tarde para los que les llamaban, porque habían sido muertos ya mas de tres mil.

En fin, los que quedaban de tal modo se apresuraron á huir, que no esperaron á que llegasen los navíos, y se arrojaron al mar para alcanzarlos, de modo, que muchos perecieron en la travesía, y de siete ú ocho mil hombres que el rey Carlos dejó al marchar, apenas vió volver quinientos.

Esta jornada fué muy rica para los almogavares ; porque los Franceses ni aun habían tenido tiempo de recoger sus tiendas y llevárselas; así, cogieron allí tan rico botín, que los florines de oro andaban al día siguiente en Mesina como ochavos.

Dos días despues, el rey don Pedro de Aragon hizo su entrada en Mesina en medio de los gritos y aclamaciones de júbilo de todo el pueblo, y los festejos que se le hicieron, duraron quince días y quince noches; durante aquellas quince noches, se iluminó la ciudad, de modo, que se veía al pasear de noche por sus calles, como con la luz del sol.

Así fué como la Sicilia se libertó del último francés, lo cual pasó en el año de gracia de 1282.

¡Goce semejante alegría todo pueblo noble oprimido por el extranjero!

Hé aquí la verdadera crónica de las Visperas Sicilianas, tal como la he copiado en la biblioteca del Palacio Real de Palermo.